

el cual mandaba á sus súbditos que fuesen á empadronarse en el pueblo de su nacimiento, ellos fueron amorosamente para dar cumplimiento á esta obediencia, sin abrir sus ojos para ver que César, instrumento de Dios, era gentil é idólatra, mostrando en ésto Nuestro Señor, que jamás hemos de poner los ojos en el que manda, como tenga autoridad para mandar y mande en nombre de Dios.

2. *Ceguedad intelectual.*—La segunda condición de la obediencia ciega es, que lo sea con ceguedad «intelectual», y ésta consiste en obedecer sin querer indagar la intención ó el fin del que manda, contentándonos con saber que es un precepto, sin meternos á discurrir si está bien ó mal mandado, si con razón ó sin ella. La diferencia entre una y otra obediencia está en que la ceguedad física prescinde de las «cualidades» del superior, y la intelectual de que ahora tratamos, prescinde de la «intención» del mismo. De suerte, que debemos obedecer con sencillez de corazón, cerrando los ojos del entendimiento y no permitiéndole discurrir sobre lo que se ha mandado. Recordad lo que sucedió á Eva en el paraíso, que se puso á discutir con la serpiente por qué le había Dios prohibido comer del árbol de la ciencia. Díjola el enemigo que si comía se le abrirían los ojos del entendimiento, y halagada ella por esta promesa, comió de la fruta y se le abrieron los ojos, cierto, pero para su mal y el nuestro (1). Ved aquí los inconvenientes y los males que acarrea el abrir los ojos del entendimiento para discutir los preceptos de la obediencia.

Ejemplos. Y no creáis que para defender esta doctrina me apoyo sólo en testimonios de Santos fundadores, que al fin son testimonios humanos, no; el mismo Jesucristo ha querido enseñarnos esta doctrina. Efectivamente: leemos en el

(1) Génes., III, 17.—II. Corinth., XI, 3.—I. Timoth., II, 14.

capítulo noveno de los Hechos Apostólicos, que Jesucristo se apareció á San Pablo cuando éste, que entonces era gentil, se dirigía á la ciudad de Damasco para perseguir á los cristianos, y llámole por su nombre: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (1). Dice el sagrado texto que lo derribó en tierra y le quitó la vista. Mandóle que fuese á la ciudad á buscar á Ananías, y que éste le diría lo que había de hacer. Ahora bien; ¿por qué Nuestro Señor mismo no le dijo todo lo que había de hacer, sino que le mandó que se pusiera á las órdenes de otro? Sin duda, porque quiso que aprendiésemos en este ejemplo que debemos presentarnos al superior, como Saulo se presentó á Ananías, ciegos, esto es, con los ojos del entendimiento cerrados para no discurrir ni discutir, sino obedecer ciegamente lo que se nos manda en nombre de Dios. Otro ejemplo. Deseando Jesucristo dar vista á un hombre ciego de nacimiento, nos dice San Juan (2) que escupió en tierra, y formando lodo con la saliva, lo aplicó sobre los ojos del ciego, y díjole: *Anda y lávate en la piscina de Siloé.* Fuése y lavóse allí, y volvió con vista. ¿No es verdad que este pobre ciego, al conocer que Jesús le ponía lodo en los ojos, hubiera podido decirle: «Señor, ¿qué estáis haciendo?» Si yo no fuera ciego, ésto solo bastaba para quitarme «la vista.» Pero no lo hizo; antes obedeció con sencillez y rendimiento de juicio. Así el verdadero obediente cree de buena fe que podrá hacer todo lo que se le mande, porque entiende que todos los mandamientos proceden de Dios, ó se hacen por su inspiración, y así, no pueden ser nunca imposibles, porque Dios todo lo puede (3).

Dice la Santa Madre Teresa de Jesús en el capítulo primero del libro de las Fundaciones: «Estando un día en

(1) Act., IX, 4.

(2) Joan., IX, 6-7.—Marc., VIII, 25.

(3) Génes., XVII, 1.—Sapient., XI, 24.—Eccli., XLIII, 30.—II. Mach., I, 25.

»refectorio, diéronnos raciones de pepino: á mí me cupo en
 »suerte una muy delgada y por dentro podrida. Llamé con
 »disimulo á una hermana de las de mejor entendimiento, y
 »para probar su obediencia, díjela que fuese á sembrar en el
 »huerto aquel pepino. Ella fué y lo sembró, sin ocurrírsela
 »que era imposible dejarse de secar, sino que el ser por
 »obediencia la cegó la razón.» Advertid, h. mías, que la
 Santa escogió para esta prueba á una hermana de las de
 «mejor entendimiento», sin duda para ver si obedecía ce-
 rrando los ojos de ese entendimiento. Añade la Santa, que
 nunca admitía en su convento á jóvenes que tuvieran pre-
 tensiones de sabias; y porque al entrar una joven la dijo:
 «Madre, tenga la caridad de esperar un poco, porque me he
 »dejado en casa la Biblia», la contestó: «Hija, quédese usted
 »en casa con su Biblia, porque aquí no hacen falta sabias,
 »sino humildes; aquí venimos todas á aprender y no á ense-
 »ñar.» Y añade: «No sea que estas sabias nos salgan á lo
 »mejor diciendo: San Pablo dice esto y San Lucas dice lo
 »otro. Quede eso para los letrados, para los que han de diri-
 »gir nuestras conciencias» (1).

Pronta

Pasemos ahora á tratar brevemente de la segunda con-
 dición de la obediencia y es que sea «pronta». San Francis-
 co de Sales llama á esta obediencia «amorosa», porque así
 como la obediencia es hija de la humildad, es también com-
 pañera inseparable de la caridad, del amor verdadero, y estas
 dos virtudes, «obediencia y caridad», son las que dan valor
 á todas las demás, y sin ellas, nada aprovechan las otras.
 Obediencia amorosa es lo mismo que obediencia pronta,

(1) Fundac., cap. 1.º

porque «el amor, dice el autor de la «Imitación de Cristo» (1),
 »todo lo hace ligero, no siente la carga de la obediencia ni
 »hace caso de los trabajos, antes desea más de lo que puede;
 »el amor no se queja, aunque le manden lo imposible, por-
 »que cree que todo lo puede en Dios» (2). Esto lo vemos
 aun en los amantes del mundo. ¡Cuántos servicios, cuántos
 sacrificios, cuántas locuras no se hacen por complacer á la
 persona amada, por cumplir su voluntad y hasta por satisfa-
 cer todos sus caprichos! Y ¿por qué todo esto? Porque aman,
 y el amor se alimenta de sacrificios. Poco amamos á Dios,
 si arrastramos como carga insoportable el suave yugo de la
 obediencia (3); muy poco le amamos, si no estamos dispues-
 tos á obedecer con prontitud y alegría cuanto sabemos que
 puede agradarle. Poco ama á su amigo quien, oyéndole dar
 el primer aldabazo en la puerta, no corre á abrirle; y ¿qué
 otra cosa es el superior que os dicta un mandato? ¿qué otra
 cosa es para la fe, que debe latir siempre en vuestro cora-
 zón, sino el amigo celestial que os dice: *He aquí que estoy á
 la puerta y llamo?* (4). *Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma
 mía* (5). Yo soy quien de su Corazón te ha dicho: *Llamad y
 os abrirán* (6); y ¿habrá de decirse del tuyo que cuando llamo
 yo á él tardas en abrirme?... Y de hecho, tardo en abrir es,
 quien, para cumplir un mandato, necesita que se le intime
 solemnemente y con reiteradas instancias. «Soldado: irás á
 »colocarte á la cabeza de ese puente; permanecerás allí; tú
 »morirás, nosotros pasaremos.»—«Sí, mi general.» Y el sol-
 dado muere, y la patria no tiene bastantes coronas para ce-
 lebrar su heroísmo. «Padre misionero: mañana saldrá usted
 »para la China; la persecución le aguarda y acaso el marti-
 »rio.—Sí, Padre mío.» Y el misionero muere, y la Iglesia le

(1) Lib. III, cap. V.

(2) Philipp., IV, 13.

(3) Matth., XI, 30.—I. Joan., V, 3.

(4) Apocal., III, 20.

(5) Cant., V, 2.

(6) Matth., VII, 8.—Luc., XI, 9-10.
 —Marc., XI, 24.

levanta altares, decreta su culto, sus pompas y sus cantos gloriosos. Esta es la obediencia religiosa (1).

Y no sólo el mandamiento expreso del superior debe obedecerse, dice San Ignacio, sino á la menor señal ó significación de su voluntad, porque muchas veces el superior no se atreve á mandar expresamente cosas que encierran alguna dificultad, y entonces es cuando debemos adelantarnos y decir con Isaías: *Veisme aquí, mandad* (2). Y no repliquéis diciendo que tenéis que hacer esto ó lo de más allá, porque la Regla que habéis prometido guardar, y la campana que os avisa, y el superior que con un movimiento de cabeza ó de mano os manda cualquier cosa, todo eso es Jesús que os dice: «Esto quiero», y cuando Jesús dice esto quiero, no hay más remedio sino obedecer, como dice San Benito en su Regla, dejando al punto lo que tenéis entre manos, sin acabar lo que estabais haciendo, y volar con las alas de la obediencia á la voz del que manda (3). Mirad á los Santos: á Abraham (4), á Samuel (5), á José (6); *dormían y estaba su corazón velando* (7); ¿hablaba Dios? Ya estaban ellos haciendo lo que les había mandado. En ellos pensaba San Bernardo cuando decía: «El fiel obediente no entiende de aplazamientos, ni deja nada para mañana; se anticipa al mandato, está siempre alerta, y tiene prontos siempre á cumplir la voluntad del que le gobierna, ojos, oídos, lengua, manos, pies, su sér todo entero» (8). Para ello sírvanos de estímulo el hecho heroico que leemos en el libro primero de los Paralipómenos (9). Dícese allí que el rey David, después de la ruda batalla que acababa de dar contra los filisteos, sintién-

(1) Ravignan, Instit. de los jesuitas.

(2) Isaí., VI, 8.

(3) Regla, cap. V.—Mons. Gay, Obediencia.

(4) Génes., XXII, 1-3.—Hebræ., XI, 17.

(5) I. Reg., III, 4.

(6) Matth., II, 21.—Luc., II, 4-5.

(7) Cant., V, 2.

(8) Diálog., 165.—Mons. Gay, lug. cit.

(9) I. Paral., XI, 17-18.

dose fatigado y sediento, dijo: *¡Oh, quién me diera un vaso de agua de la cisterna de Belén!*... Apenas oyeron ésto tres de los capitanes más valientes de su ejército, pasaron por medio de las tropas enemigas dando cuchilladas á diestro y siniestro, y sacando agua de la cisterna, la llevaron á David para que bebiese. ¡Admirable ejemplo de obediencia amorosa, que no espera el mandato expreso del superior, sino que le basta que éste manifieste un deseo para cumplirlo, aun á costa de la vida! Á nosotros no se nos exige tanto; no servimos á ningún rey de la tierra, sino al Rey de los cielos, el cual no nos pide la muerte del cuerpo, sino la de la voluntad, la del propio juicio, á fin de que nuestra obediencia sea «ciega» con ceguedad «física é intelectual» y amorosa ó «pronta», y por lo mismo, meritoria de vida eterna.

En resumen: el obediente nada tiene que hacer, sino dejarse llevar como un niño y *dormir en paz*, según dice el Profeta (1). ¡Oh dulce paz! ¡Oh bendita libertad de los hijos de Dios (2) que van, como Abraham, sin saber á dónde! (3). ¡Oh pobreza de espíritu, que nos despoja de nuestra propia prudencia, enemiga de Dios (4), para librarnos de la tiránica servidumbre de nuestros propios deseos! *¡Desventurado, dice el Espíritu Santo, el que no pisa más que sus propios caminos y se alimenta con el fruto de sus perversos juicios!* (5). ¿Decís que el superior puede errar? Sí, h. mías; el superior puede errar y aun pecar en lo que nos mande; pero nosotros con obedecerle—cuando el mandato no es absurdo ó injusto—no pecamos. No haya temor de que su Divina Majestad nos diga: «En tal ocasión obraste con imprudencia; en cual otra dejaste de hacer cosa que era necesaria.»—Señor, podemos responder á nuestro Juez: «En lo que hice y en lo

(1) Psal. IV, 9.—Prov., I, 33.

(2) Galat., IV, 31.—Rom., VIII, 21.

(3) Génes., XII, 1.—Act., VII, 3.

(4) I. Corinth., I, 9.

(5) Prov., I, 31.

»que dejé de hacer, obré por obediencia.» Esto nos basta. ¡Qué océano éste de paz tan profundo, tan inmenso, tan inalterable! Un piloto sagrado gobierna la nave de mi alma, y él responde de mi virtud, de mi perseverancia, de mi salvación eterna, á condición de sujetarme yo á su experta guía; y sólo con hacer esto, sólo con obedecer, de ninguna otra cosa tengo que curarme, ni afanarme, ni inquietarme por nada; toda mi tarea se reduce á sacrificarme, á conversar con mi Dios, á esperar tranquilamente el arribo al puerto de mi patria celestial (1). Y ahora es muy justo exclamar con San Bernardo: «¡Quién me diera cien superiores en vez de uno, á quien obedecer hasta la muerte!»...

Concluyamos con unas palabras de Santa Teresa: «Por experiencia he visto el gran bien que es para un alma no salir de la obediencia. Obedeciendo se adelanta en la virtud y sobre todo en la humildad. Más me atrevo á decir: que obedeciendo, estamos seguros de no errar el camino del cielo. En la obediencia se halla la paz, que tan preciada es de las almas que desean contentar á Dios, y cierto que si rinden su entendimiento á la obediencia, el demonio no las molestará jamás con inquietudes, porque sabe que antes sale con pérdida que con ganancia» (2).

Después de estas palabras de la santa, sólo resta que nos pongamos en las manos de Dios, como dice el Profeta (3), suplicándole nos conceda su gracia y su amor para obedecer como Él hasta la muerte (4), y después de ella, entrar en la celestial Jerusalén, para gozar de los dulcísimos abrazos del Esposo, Cristo Jesús, por toda la eternidad.

(1) Mons. Gay. De la obediencia.

(2) Fundac., prólog., núm. 1.

(3) Psal. LIV, 23.—Eccli., X, 5.—
Matth., VI, 25.—I. Petr., V, 7.

(4) Philipp., II, 8.

OBSERVANCIA DE LAS REGLAS